



DISCURSO VIGÉSIMO

DIVINIDAD DE JESUCRISTO

Et turbae detinebant illum ne discederet ab eis. Quibus ille ait: Quis et aliis civitatibus oportet me evangelizare regnum Dei: quia ideo missus sum.

Y las turbas le detenían por que no se apartase de ellas; á las cuales dijo el Señor: Conviene también que evangelice á otras ciudades el reino de Dios, pues á esto he sido enviado.

(Luc., IV, 42-43.)

EXORDIO

*A visceribus can-
sae.*

QUE entre la muchedumbre de religiones tan desemejantes y discordes, como reinan sobre la tierra, una sola puede ser la verdadera, parece tan claro y manifiesto, que nadie dudará de ello, sino quien se empeñe en cerrar los ojos á la lumbré de la razón natural, ó porfie en ahogar los sentimientos profundamente entrañados en el corazón del hombre. Porque, si hay un solo Dios, gobernador del universo, como es fácil demostrar; si esta soberana Esencia es menester que tenga entendimiento infinito para saber, bondad inmensa para querer, poderío sin límites para gobernar y encaminar á su fin la maravillosa máquina del mundo, ¿cómo pueden ser inspiradas por él ni agradables á su divina Majestad leyes y religiones tan contrarias, que riñen entre sí con implacable guerra y se condenan unas á otras de impías, de mentirosas, de aborrecibles al Dios mismo, á quien todas igualmente se arrojan por autor?

La dificultad estriba en averiguar cuál sea la verdadera

Proposición pre-
liminar:

Hay una religión
única verdadera.

(período trimem-
bre)

porque hay un so-
lo Dios, creador
y gobernador del
universo

(período cuatri-
membre.)

Y esa es la re-
ligión de J. C.
(período bimen-
bre)

religión y culto, con que él quiere ser honrado de sus criaturas, y en descubrir los apóstoles de la mentira que, con piel y semblante de oveja, encubren instintos y voracidad de lobos. Pero gózate, pueblo cristiano, y regocíjate, pues á ti ha cabido la buena dicha y la ventura y la salud sobre todos los moradores de la tierra. Y no es lisonja de corazón envanecido, sino justicia de razón, antepoernos en esto á las demás gentes y naciones, porque no ensalzamos de santa y augusta á nuestra religión por ser nuestra, antes es nuestra por ser santa y única verdadera.

Plugiuese á Dios que me hallara hoy en países infieles, ó rodeado de incrédulos y obstinados, que yo les probaría hasta con argumentos de la razón natural cómo Jesucristo es el verdadero Mesias y embajador del Eterno Padre, enviado al mundo para anunciar el reino de los cielos; por donde los engañados no somos nosotros, que le hemos recibido y acatado, y rogamos instantemente, como las turbas del Evangelio, que no se vaya ni aleje de nuestra tierra, sino ellos, ¡desventurados!, que no quieren abrir las puertas al remedador del humano linaje.

Mas ¿á qué fin salir á tierra de gentiles ó de herejes? ¿Es por ventura inútil recordar entre los cristianos estas verdades, si no para certificarlos de nuestra fe, para avivarla y acrecentarla más? Y aunque es así que nuestra fe no se afirma en evidencia humana, sino en el testimonio y autoridad de Dios, nunca, empero, nos fué prohibido buscar razones con que probemos á los que la niegan ó escarcean,

que no livianamente y sin grave fundamento creemos lo que creemos. ¿No os complacería, católicos fervientes, oír hoy una breve demostración de esta verdad tan cierta como grata á vuestros corazones, á saber, que la **ley de nuestro Señor Jesucristo es la única y verdadera ley?** Figúrase me que sí; porque siento por experiencia dulcísimo consuelo al recordarla, y me enciende su consideración por una parte en afectos de hacimiento de gracias á la bondad divina, que me hizo nacer donde esta soberana ley tiene su trono y resplandece limpia é inmaculada, y por otra en deseos de humillarme y confundirme de mi enorme ingratitud.

que no os complacería, católicos fervientes, oír hoy una breve demostración de esta verdad tan cierta como grata á vuestros corazones, á saber, que la **ley de nuestro Señor Jesucristo es la única y verdadera ley?** Figúrase me que sí; porque siento por experiencia dulcísimo consuelo al recordarla, y me enciende su consideración por una parte en afectos de hacimiento de gracias á la bondad divina, que me hizo nacer donde esta soberana ley tiene su trono y resplandece limpia é inmaculada, y por otra en deseos de humillarme y confundirme de mi enorme ingratitud.

Proposición particular.

Imaginaos, pues, que hacéis las partes de adversarios, mientras yo, ahora rebatiendo vuestros sofismas, ahora impugnándoos con la fuerza de la verdad, trabajaré por hacerlos ver manifestamente la ventaja inmensa de los dogmas evangélicos sobre los desvaríos que las sectas acatan y reverencian. Dije que trabajaría según mi ingenio, porque reparad que, en la batalla que trabamos, no puedo servirme sin distinción de todo linaje de armas. Comoquiera que, presuponiendo como presupongo que mis contrarios ni acatan las Escrituras divinas, ni admiten la autoridad de los Santos Padres, forzosamente he de retirar las armas mejor templadas, y no citar Padres, ni alegar Escrituras (por lo menos en probanza directa), sino luchar, como los soldados de Gedeón, con sólo el resplandor del hacha encendida en la mano, es decir, con aquella lumbre que el supremo Hacedor ha estampado en el entendimiento de los hombres.

PRIMERA PARTE

II

Mas, antes de venir á las manos, como declarados pero leales enemigos, pidoos una gracia, á saber: que admitáis esta proposición tan justa, tan razonable, que si de grado no me la concedéis, estoy dispuesto á arrancárosla con la fuerza de mis razones. ¿Cuál es? Estadme atentos. Que Jesucristo, á quien los cristianos veneramos, no fué el hombre más perverso, el más mentiroso, el más ruin y abominable, que ha pasado por el mundo en las generaciones de los siglos. ¿Qué decís? ¿Lo concedéis? Ciertamente, no pido cosa exorbitante, pues ni sus más enconados perseguidores sintieron de él tan sacrílegamente; y en la misma gentilidad hubo muchos que le reconocieron por profeta de singular virtud y varón extraordinario, y como tal fué celebrado con grandes alabanzas y aun honrado con públicos sacrificios por Alejandro, emperador idólatra. No exijo tanto de vosotros. Bástame que me concedáis que no fué el

Constitución de la causa por vía de juicio.

Armas del debate

Los argumentos de razón.

Arg. 1.º
De los efectos: por entimemas.

J. C. no fué el hombre más perverso del mundo. Luego es Dios.

Antec. por vía de postulado, y demostración suelta por testimonios.

peor y más impío de los mortales. Pues bien, he aquí la consecuencia que colijo. Luego Jesucristo es Dios, luego su fe es verdadera, luego su ley es divina; luego, mahometanos, idólatras, judíos, herejes, novadores, hincad las rodillas, inclinad las frentes y adorad todos al Hijo de la Virgen; porque si hay un solo Dios verdadero, según asentamos por principio, ese Dios es Jesucristo.

Transición á la consecuencia, nervio de la causa:

por hábil anticipación — Entre ser Dios y el hombre más malo hay medio.

Resp. No en J. C. por sí mismo ora todo.

Propos. mayor. Procuró que todos le tuviesen por Dios.

por sus obras y palabras, y voz de sus mismos enemigos.

Propos. menor. Mas de no serlo, sería el hombre más perverso.

por encarecimiento y por los adjuntos.

Ya oigo lo que me decís: que me precipito en mi razonamiento; que canto victoria, no ya antes de terminada la pelea, pero sin haber roto una lanza ni entrado en la disputa. ¡Qué consecuencia, añadís, tan descaminada! Cristo no es el más malvado de los nacidos, luego es Dios. ¿No hay acaso medio entre la suma bondad y la rematada malicia, entre la perfección infinita y la suma perversidad? Sí, lo hay, mas no en Jesucristo; y como en demostrar esta verdad estriba la victoria de mi causa, oidme, os ruego, atentamente un raciocinio de grandísima valía.

¿No procuró siempre Jesucristo con todo linaje de artificios que todo el mundo le tuviese por Dios? En realidad de verdad, á este blanco enderezó las acciones todas de su vida, á éste sus pláticas maravillosas; y cuantas sublimes enseñanzas predicó, cuantos prodigios obró y cuantas penalidades abrazó, todo lo encaminaba á fin tan levantado: galardonaba magníficamente á los que confesaban en público su divinidad, como á Pedro; reprendía á los que de ella dudaban, como á Tomás; afirmaba con tesón que era Dios á los que se lo preguntaban, como á Natanael; en conclusión, en público y en privado, de palabra y de obra y siempre presentóse abiertamente como Dios, según se lo echaban en cara sus enemigos, diciendo: *Homo cum sis, facis te ipsum Deum*¹: Siendo hombre, te haces tú mismo Dios.

Pues ¿qué crimen más abominable, más espantoso, más satánico é infernal que alzarse con la misma divinidad? ¿Y de qué manera! Sabemos de otros que en las tinieblas del paganismo pretendieron esta honra, y á este fin emplearon mil trazas é inventaron los más extraños artificios. El famoso cartaginés Hannón había amaestrado con inaudita

¹ Joan., x, 33.

paciencia á ciertos grajos, cornejas, papagayos y otras aves vocingleras é imitadoras de la voz humana, en pronunciar articuladamente estos tres vocablos: **Hannón es Dios, Hannón es Dios**, y luego las despachaba, para que volando éstas á una banda, aquellas á otra, fuesen pregonando á todo el mundo la estupenda novedad. Tiberio, Domiciano, Calígula, Diocleciano y otros monstruos, que cñieron diadema en la pagana Roma, ordenaron que se les dedicasen, ora templos y altares, ora víctimas y sacrificios. Salmoneo, aquel desatinado Salmoneo, paseaba las villas y ciudades arrastrado en magnífica carroza, desde donde lanzaba vivos dardos á semejanza de abrasados rayos, é imitando por arte de encantamiento el horroroso estampido del trueno y el centellear de los relámpagos, quería atemorizar á las gentes y que le adorasen como á Júpiter Olímpico. Por los mismos caminos y con artimañas exquisitas se esforzaron Alejandro, el terrible Macedón; Sapor, rey de Persia; Tesimón, de Chipre; el filósofo Heráclito, el médico Menecrates, el heresiarca Manetes, y otros varios, en granjear para sí esta honra y veneración divina. Mas todos aspiraron únicamente á hacerse adorar como dioses en sólo una región y por solo un siglo, ni desdénaron cabe sí la compañía de otras divinidades. Antes al contrario, gustaban de que fuesen asimismo reconocidos por números benéficos Marte y Mercurio, Saturno y Júpiter, Apolo y Diana; y de ahí provino que, á pesar de su orgullo intolerable, solía el emperador Calígula asentarse en el Capitolio entre los simulacros de Cástor y Pólux, como divinidad superior, pero no única.

Sólo Jesucristo quiso ser tenido por Dios único y en todos los siglos y por todo lo descubierto de la tierra. *Magister vester unus est Christus*¹. Vuestro Maestro es uno: Jesucristo. Por donde condenó rigurosísimamente toda ley que no fuese su ley, toda fe que no fuese su fe, todo sacrificio que no fuera el sacrificio que él ordenaba, y abiertamente protestó que son sus enemigos los que rehusan abrazar sus enseñanzas y cumplir sus mandamientos: *Qui non est me-*

por comparación á minori de los santos, que presumieron pasar por dioses;

pero no únicos, ni por todas las gentes.

sólo J. C. quiere pasar por Dios único

(por autoridad y

asercración)

¹ Matth., xxiii, 10.

cum, contra me est ¹. Quien no está conmigo, está contra mí.

y en todos los siglos

(por sus palabras.)

Capitulación sin réplica, de la menor,

de todo el argumento. Luego J. C. es Dios.

Corrección,

la blasfemia.

Tema del discurso.

J. C. no fué el hombre más perverso.

Arg. 2.^o
POR LA SANTIDAD DE SU PERSONA.

Negativo, porque nada descubrió en él la menor tacha.

Y pretendió la reverencia y acatamiento, no de un siglo, mas de todos los siglos, no de un pueblo, mas de todos los pueblos. *Euntes in mundum universum, praedicate Evangelium omni creaturae* ². Id, les dijo, por todo el universo mundo y predicad mi Evangelio á toda criatura. ¿Qué duda, pues, que si Jesucristo no fuese verdadero Dios, sería el hombre más pérfido y malvado, el impostor más sacrílego de cuantos alumbió el sol? Pero es así que ya vosotros me concedisteis desde el principio que esto era falso de toda falsedad, coligese, por consiguiente, que Jesucristo es Dios verdadero, como él decía y nosotros confesamos.

Por lo dicho, todo queda, á mi entender, manifestamente demostrado; y así daría por terminado mi razonamiento, si vosotros, volviendo atrás y por mero alarde de ingenio, pero en realidad portándoos como enemigos los más fieros y enconados contra la persona augusta de nuestro Señor Jesucristo, no dieseis en creer, con la mayor frescura y villanía, que Jesús, ¡oh blasfemia horrible y que hace retener ambos oídos!, que Jesús es el hombre más perverso de la tierra... Pero esto es contradeciros y tomaros de nuevo lo que ya me concedisteis. Tomadlo enhorabuena, que yo, con el favor divino, lo recobraré por punta de lanza, como suele decirse, con tal que me oigáis con aquella atención y buena fe que conviene á contendientes, como nosotros somos ó fingimos ser en el presente día. Sí, lo recobraré, y tan cumplidamente, que os será mi demostración, si no me engaño, de no menor provecho que gusto y contentamiento.

III

Si Jesucristo, en primer lugar, hubiera sido el peor de los hombres, ¿cómo es posible que hayan pasado tantos siglos sin descubrirle una liviandad, sin averiguar en su vida la mancilla de un solo vicio? Porque, si se hubiera falsamente hecho Dios y pretendido, como Dios, ser universal-

¹ Matth., XII, 30.—² Marc., XVI, 75.

mente reverenciado, fuera su soberbia grande y extremada. A extremada soberbia, por necesidad han de acompañar otros pecados, si no peores en calidad, mayores ciertamente en número. Jamás un vicio anda solo, y menos la soberbia, que los engendra ó atiza todos, como madre y señora del reino del pecado. A ninguno se os esconde aquella sentencia del Espíritu Santo: El principio de todo pecado es la soberbia; quien la tuviere, se henchirá de maldiciones: *Initium omnis peccati est superbia; qui tenuerit illam, adimplebitur maledictis* ¹. De ella nacen el menosprecio de los inferiores, la malquerencia á los iguales, la envidia á los mayores; de ella el desenfrenamiento de las pasiones y concupiscencias más soeces; de ella el ansia de allegar y la avaricia en retener; de ella la ira que se embravece y la impaciencia que se venga del menor agravio, en términos que, según observa Pacato, queriendo los romanos expresar los vicios en que estuvo encenagado su antiguo dominador Tarquino, apellidáronle con el sobrenombre de Soberbio, como cifra que los resume todos. A aquel hombre, dice, á quien precipitaba la lujuria, cegaba la avaricia, desmandaba la crueldad, embravecía la saña, llamaron soberbio, y creyeron que bastaba este apelativo para afrenta de su nombre ².

¿Cómo, pues, ni sombra siquiera de estos vicios se descubrió jamás en Jesucristo, antes bien apareció por todo el curso de su vida tan manso y apacible, tan pobre y humilde, tan paciente y sufridor, como nos lo pintan, no ya los sagrados Evangelistas, que por ser sus discípulos pudieran tal vez ser tachados de parcialidad, sino gente extraña como un Filón, judío; un Josefo, asimismo judío; un Léntulo, presidente romano, el cual tan levantado concepto se formó, aunque gentil, de la persona de Jesucristo, que, escribiendo al Senado de Roma, presenta á Jesús de Nazaret como un hombre extraordinario y cosa sobrehumana?

¹ Eccli., x, 51.

² Hominem libidine praecipitem, avaritia caecum, crudelitate immanem, furore recorderem, vocaverunt Superbum, et putaverunt sufficere convicium. In Paneg. Theod.

Prohibe, porque fuera sin duda muy soberbio, y así tuviera todos los vicios.

Por autoridad,

por génesis y enumeración.

Man J. C. apareció siempre con todas las virtudes contrarias;

por testimonios fidedignos y

extraños.

IV

Arg. 3.^o
POR LA SANTI-
DAD DE LA DOC-
TRINA:

por silogismo.

Mayor. Un im-
pulo alguna vez
trahala en la doc-
trina.

Por inducción
de los sabios an-
tiguos:

Sócrates,

Platón,

Licurgo.

Solón,

Aristóteles,

Séneca,

Tulio...

¿Y no es unánimemente celebrada la santidad de su doctrina? Pues ¿cómo osará nadie poner dolencia en su vida y costumbres? Puede, es cierto, un malvado dar preceptos de virtud útiles y excelentes; pero á la larga, y corriendo los días, es imposible que, ó cegado de su afecto corrompido, ó arrebatado del ímpetu de la pasión, ó movido de codicia de interés, no resbale en alguna desatinada máxima, más conforme á la depravación de los sentidos que á la rigurosa ley de la honestidad.

Y así, dadme un sabio fuera de la Iglesia católica que, á vueltas de saludables enseñanzas, no entremezcle pestilenciales errores. Aquel maestro tan afamado de virtud, lumbrera de la antigua filosofía, Sócrates, ¿no asienta en su legislación como cosa corriente la comunidad de mujeres? Y este malhadado ejemplo ¿no fué imitado por Platón, oráculo de Grecia, y por Catón, lustre y ornamento de la república romana? ¿No permitió Licurgo á sus espartanos todo linaje de hurtos, con tal que se ejecutasen con arte y á escondidas? ¿No concedió Solón á los atenienses, como lícitas, las infamias y lujurias más nefandas, con tal que las cometiesen los ciudadanos libres, no los esclavos y gente ruin? El mismo Aristóteles no dudó enseñar, en su idea ó ejemplar de repúblicas, que cuando el número de hijos excediese la facultad de la hacienda, deben las madres procurar el aborto; y si los pequeñuelos recién nacidos salen ciegos, ó mancos, ó cojos, ó en otra manera estropeados ó contrahechos, manda que no los críen con humanidad, sino que los abandonen, como trasto inútil y cosa desaprovechada. Y aquel gran filósofo moral y austero, Séneca, ¡con qué pomposa elocuencia y sublimes encarecimientos celebró el cobarde frenesí con que, desesperado el hombre, se da la muerte por no tener ánimo para sobrellevar los contratiempos de la vida! Y por el estilo alabaron Marco Tulio, Salustio, Tácito y Plinio la persecución contra los ofensores, la satisfacción y venganza de los agravios, la ambición de honras y dignidades, y el desvelarse y encaminar todos los

pensamientos y acciones á la consecución de aquella gloria baladí, que no es nuestra, por caer toda fuera de nosotros.

Y ¿qué desatinos, que á éstos se semejen, descubris en las enseñanzas y ley de Jesucristo? Esta ley ha sido, por el contrario, la que reveló al mundo tesoros hasta entonces sepultados y primores inauditos de mortificación y de sufrimiento, de mansedumbre y caridad, de humildad y obediencia á la soberana voluntad del cielo. Y doctrina tan santa, ¿cómo pudo ocurrir al entendimiento del hombre más malvado y corrompido? Y si del cielo no la trajo, ¿dónde la aprendió? ¿en qué libros? ¿con qué maestros? ¿en qué pórticos ó academias? Y cuando menos, predicándola á los hombres, ¿cómo es que nunca se le escapó de los labios una expresión impía ó perjudicial, ni una plática sin provecho, ni una palabra ridícula ó de pura chanza ó curiosidad, ni una frase más acomodada á lisonjear los oídos, que á mover los corazones? ¡Y aquel cautivar y atraer á sí todos los entendimientos dóciles y despejados al instante que la oían, siendo doctrina nueva en el mundo y tan desusada y á la carne tan costosa; aquella consonancia y trabazón de sus partes tan trabada; aquellos resplandores de verdad tan en armonía con la razón natural, sin resabio de vanidad ni asomo de ostentación ó alarde de ingenio, siempre puesta la mira en aprovechar al prójimo; y todo con tal llaneza y propiedad de estilo, que la gente ruda al punto entiende lo que

Man J. C. enseñó
siempre una doc-
trina altísima.

purísima,

provechosísima,

muy racional

y sin boato.

Luego.

Confírmase por
argumento natu-
ral y

Yo tengo para mí que nunca falta la regla que acerca del hablar da Santiago; que quien no tropieza en las palabras, es varón perfecto: *Si quis in verbo non offendit, hic per-*

*fectus est vir*¹. Que pueda un hipócrita hablar alguna vez cuerda y santamente, lo comprendo; pero en todo tiempo y coyuntura, en todo lugar y en cualquier asunto que se trate, hablar de suerte, que no pueda tachársele una tilde, ni sorprenderle en una palabra que no respire santidad altísima, esto no lo hace un embustero, un embaucador; esto lo hace un hombre verdaderamente santo; porque nadie lleva la máscara ni hace papel extraño por mucho tiempo, como dice Séneca: *Nemo personam diu fert*.

testimonio.

Arg. 4.^o
Por el EXAMEN de su ley.

V

Mas ¿cuántos años y generaciones ha que apenas se hace en el mundo otra cosa que examinar esta doctrina y pesar sus quilates, y probar en el crisol de los siglos si encubre alguna herrumbre ó escoria de falsedad? Dadme una ley en cuyo estudio se hayan empleado tantos sabios y gastado los días de su vida en escribir tantos comentarios y prolijas investigaciones; dadme una ley controvertida en tantas disputas, explicada en tantas cátedras, escudriñada en tantos libros, establecida en tantos concilios, confirmada finalmente por tantos decretos y pontífices, y que con tanto examen, no sólo no haya menguado, mas subido de punto su autoridad, firmeza y certidumbre, como acendrado y purísimo diamante á los golpes del martillo.

(por congeries).

Luego.

Confirmase; ninguna secta ha tenido un sabio que de verdad la siguiere:

por inducción de las gentílicas,

Lo contrario de lo que ha acaecido puntualmente á las otras sectas, en cuyas doctrinas, á medida que ahondaban los maestros de ella, menos crédito les daban. Así sabemos que aconteció entre los filósofos de la gentilidad á Homero y á Anaxágoras, á Platón y á Aristóteles, á Porfirio y á Galeno, á Plutarco y á Plotino, á Cicerón y á Séneca y á otros innumerables, los cuales cuando, ya hombres y versados en las humanas ciencias, quisieron de propósito examinar la religión que sus padres les imbuyeron de niños, no solamente la rechazaron como falsa, sino que la escarñecieron á veces como vacía y descabellada, por más que

¹ Jacob., III, 1.

luego, ó por debilidad de carácter, ó por miras de interés, ó por otros respetos, disimularon en público lo que privadamente ó por escrito profesaron. Y esta razón movió más tarde al taimado y torpísimo Mahoma á menospreciar y aun prohibir las letras y el estudio de la religión en sus míseros seguidores, y á decretar que toda controversia se decida con la espada, recomendando el alfanje como el más justo y rápido propagador de su religión¹. Y ¿qué logró por remate? A pesar y despecho de su horror á la sabiduría, no pudo estorbar que se aventajasen en ella los Avicenas y Averroes, lumbreras del saber mahometano. Y ¿qué pensaron de la ley que profesaban? No tardaron en testificar contra ella y afirmar en sus libros sin rebozo que era disparatada y sin razón; que su profeta enseñaba una bienaventuranza corpórea propia de brutos animales, mas no la bienaventuranza del espíritu codiciada de los sabios, y al fin la califican con aquel encomio tan extraño, de ley acertadísima, no ya para gobernar hombres, sino más bien la para de Epicuro. ¡Tan cierto es que ninguna secta puede presentar un sabio que de veras y de corazón la haya seguido!

de la mahometana.^{112.}

testimonio de Avicena.

Pero en la religión y enseñanza evangelica, ¿cuántos pudiera en un instante referir? Ésta es la ley que siguieron y encarecidamente han ensalzado los Dionisios y Lactancios; ésta los Arnobios y Ciprianos; ésta los Agustinos y Jerónimos; esta los Naciancenos y Basilio; ésta los Aquinos y Buenaventuras; ésta muchedumbre innumerable y los talentos más grandes y perspicaces de la tierra, los cuales, aun dejando aparte el punto aquí controvertido, habían cultivado sus facultades con todo linaje de ciencias humanas y divinas, naturales y políticas, y acudado en su mente toda la sabiduría de su siglo, propia y extranjera. ¿Cómo, pues, ó por cuál arte pudo un hombre, y el peor de los hombres, granjearse la estima y aprecio de tantos sabios, y granjearse tanto y enamorar sus corazones de manera, que no hiciesen por toda su vida más que escribir sobre él, y desvirarse por él, y predicarle á él sin trégua ni descanso? Porque no fuera mucho si se

Pero la ley de J. C. ha tenido y tiene innumerables.

por preterición y enumeración.

Luego J. C. no es el peor de los hombres.

¹ Alc., c. 18-19, apud Bell. de not. Eccl., c. 11.

Transición naturalísima al

hubieran contentado con amarle sólo ellos; pero desear con abrasadas ansias que todo el mundo también le conociese, que todo el mundo asimismo le estimase, que todo el mundo igualmente le amase, esto es digno de grande ponderación.

Arg. 5.^o
Cielo de propagar la fe de J. C.

VI

Ninguna religión tiene apóstoles.

Porque ¿dónde ó en qué religión floreció jamás tan prodigioso celo de su dilatación por el mundo? Hablen aquí los escitas, hablen los persas, hablen los moradores del Indo y del Ganges, hablen los remotos bactrianos y los discretos japoneses, y dígannos ¿qué apóstoles han enviado á nuestras costas á darnos noticia de sus dioses? Ni á uno solo ha venido nunca en pensamiento desterrarse con este propósito de su patria, ni les ha acongojado grandemente si Brama ó las deidades pagodas tienen muchos ó pocos adoradores, nobles ó plebeyos, ilustres ó desconocidos. En cambio, ¡qué muchedumbre podría citarles de esforzados y magnánimos misioneros, que de nuestras costas partieron en los pasados siglos y parten cada día á las remotísimas regiones de Poniente y de Levante, sin más codicia que la de comunicarles la fe y conocimiento de nuestro Dios!

Mas J. C. tuvo los y tiene infinitos.

Confírmase por las circunstan-
cias,

de lo que abandona,

de los caminos,

(distribución)

de los afanes evangélicos,

¡Y qué valor y perseverancia! Arráncanse voluntariamente del hogar paterno, extráñanse para siempre de su patria, sin que sean poderosos ni ruegos de amigos, ni lágrimas de deudos, ni gemidos dolorosos y entrañables de los padres, á detener un punto la ejecución de sus nobles pensamientos. Desechan las riquezas y patrimonios, renuncian las dignidades y van á engolfarse en la inmensidad de los mares, temibles unos por las frecuentes correrías de corsarios, otros por los escollos y bajíos, éstos por los monstruos y espantables fieras, aquéllos por las tempestades horrorosas que de continuo los revuelven. Ya se abrasan bajo los rayos de la zona tórrida, ya se hielan en los confines del aterido polo. De allí, si por ventura llegan, andan peregrinando, sin aladil ni compañero que los gué, por nuevos mundos, de donde parece huir el mismo sol, y recorriendo, muchas

veces descalzos, y atravesando ora asperísimos desiertos y pampas dilatadas, ora sendas escabrosas, hondas quebradas y horribles despeñaderos, buscan á los salvajes, que se esconden como fieras en las cuevas, ó se encubran como pájaros en los árboles, les siguen el alcance, los sirven y los regalan y los acarician, con sólo el ansia é interés de reducirlos al amor de Jesucristo.

(descripción é incremento.)

¿Qué decir de estos prodigios de celo y de propaganda? Un hombre malvado y cargado de iniquidad; hubiese tenido nunca ministros, tan ardientes celadores de su honra, que sólo con el intento de dilatar su nombre y la veneración de su culto, se ofreciesen de su bella gracia á tantas incomedididades y trabajos? Mas ¿qué digo? ¿que arrostrasen á la misma muerte y diesen por el gustosamente sus vidas? ¿Qué hombre mortal logró jamás que tantos, por su amor y respeto, se dejasen cruelísimamente devorar de las llamas, desgarrar las carnes con garfios de hierro, despedazar de tigres y panteras, y miembro por miembro ser atormentados en la catasta ó caballete, como ha obtenido Jesús Nazareno desde que vino al mundo?

Consecuencia por amplificación y

tránsito por recapitulación del siguiente.

VII

Arg. 6.^o
TESTIMONIO DE
LOS MÁRTIRES.

Y en llegando aquí, parémonos á considerar un pensamiento profundamente sublime. Cuando David, lastimado en lo más vivo de su reputación, tomó el partido de matar al desdichado Urías, ¿qué hizo el Rey? Valióse de un ardid bien poco digno, pero que le salió á maravilla. Escribe una carta al capitán de su ejército que diese orden cómo el portador tomase parte en el primer encuentro y más sangrienta pelea, y en la pelea fuese puesto en el escuadrón más avanzado, y en el escuadrón más avanzado entre los primeros y en el punto de mayor peligro, donde le dejase morir, porque así, dice, cumple al real beneplácito; y entrégala al mismo Urías para que ponga el pliego en manos del capitán. Mas diócela muy bien cerrada y asegurada con su sello, porque nunca presumió el iracundo monarca que, si el desventurado Urías llegaba á barruntar la fatal senten-

J. C. intima á sus mensajeros que los atormentarían y matarían.

A contrastar por el hecho de Urías y David.

cia de que era portador, proseguiría no obstante su camino y cumpliría fielmente la embajada.

Directamente por testimonios espantables.

No así Cristo Jesús con sus discípulos y seguidores. Dióles cartas patentes y mensajes descubiertos. A todos declara en el sagrado Evangelio que los expone á infinitos riesgos y trabajos infinitos. He aquí, dice, que os envío como ovejas entre lobos: *Ecce ego mitto vos sicut oves in medio luporum*¹. Y en otra parte: Echarán mano de vosotros y os perseguirán y os arrastrarán á las sinagogas y cárceles, y presentarán ante los reyes y presidentes, por la gloria de mi nombre: *Injicient vobis manus suas, et persequentur, tradentes in synagogas et custodias, trahentes ad reges et praesides propter nomen meum*². Y en otro lugar: Ha llegado la hora en que todo el que os diere muerte, creará hacer servicio á Dios nuestro Señor: *Venit hora ut omnis, qui interficiet vos, arbitretur obsequium se praestare Deo*³. Y por San Mateo: Os llevarán á los concilios y tribunales, y allí os azotarán. *Tradent vos in conciliis, et flagellabunt vos*⁴. Y más: Os arrojarán en la tribulación, y os atormentarán y os matarán. *Tradent vos in tribulationem, et occident vos*⁵. Y en otro lugar les intima por San Lucas: Os harán traición vuestros mismos padres, y hermanos, y deudos, y amigos, y á muchos de vosotros entregarán á la muerte. *Trademini autem a parentibus, et fratribus, et cognatis, et amicis, et morte afficient ex vobis*⁶.

Y con todo, infinitos llevan la demanda á todas partes.

(repetición enfática.)

Lucas J. C. no puede ser el nombre más malvado.

Y ¿quién podrá contar los innumerables que se han ofrecido generosamente á llevar este mensaje? Y llevaron la sangrienta nueva á los presidentes y gobernadores, llevarónla á los pretores y procónsules, lleváronla á los mismos estrados de los reyes y emperadores, y tuvieron atrevimiento para presentarla donde más tormentos les amenazaban, y leerla delante de los verdugos, que más despiadadamente habían de ejecutar en ellos su rabiosa saña. ¿A quién no maravilla tan espantosa constancia y fortaleza, tan increíble fidelidad, pechos tan leales y esforzados? ¿Y por un embaucador habían de derramar la sangre? ¿Cuándo

¹ Matth., x, 16.—² Luc., xxi, 12.

³ Joan., xvi, 2.—⁴ Matth., x, 17.

⁵ Matth., xxiv, 9.—⁶ Luc., xxi, 16.

se ha visto correr á los hombres á la muerte por amor de un malvado, oprobio de la república?

No se me esconde que también los gentiles y los mahometanos y los herejes han tenido sus mártires, que prefirieron antes morir que negar las creencias de sus locos maestros.

Mas, primeramente, ¡cuánto va de tormentos á tormentos, de muerte á muerte! Los demás sufrieron tormentos ligerísimos, los nuestros atrocísimos; las muertes de ellos fueron breves y momentáneas; las muertes de nuestros mártires larguísimas, que espantan. Dadme entre aquellos fanáticos quien haya pasado entre martirios inauditos catorce años, como San Gregorio de Armenia; ó veintiocho, como San Clemente de Ancira. Y si por acaso algunos de aquéllos murieron muertes lentas y prolongadas, era con rabia, ó con tristeza y pesadumbre, mas no como los fuertes caballeros de Cristo, la risa en los labios y la paz en el corazón. Y aunque á Marco Tulio parece imposible que ningún mortal pudiera tener contento si le encerrasen en el toro de bronce hecho ascua, fabricado por el famoso artífice Perilo, todavía lo vemos cumplido en el glorioso obispo San Antipas, en la bienaventurada virgen Santa Pelagia, en el esclarecido capitán Bustaquito con toda su familia, que, sepultados en el vientre del encandecido toro, lanzaban por su boca de metal, no mugidos temerosos, sino voces de triunfo y cantares de alegría.

Y aunque diéramos de plano que, en efecto, algunos herejes y gentiles sobrellevaron la violencia de la muerte con constancia, fueron hombres robustos, ó de carácter duro, ó de condición áspera y grosera; mas no ancianos decrepitos, ni mujeres flacas, ni mancebos tiernos, ni delicadas doncellas, ni menos niños de corta edad, naturalmente débiles, alterables y de asustadizos corazones. ¡Qué espectáculo tan conmovedor ver á aquel viejo de ciento y veinte años, por nombre Simeón, alzado en una cruz y oírle cantar, como un cisne, su incomparable ventura de morir por Cristo! ¡Qué vista tan tierna ver á dos pequeñas criaturas, como San Matías y San Vito, dar saltos de placer en el cadalso, y á los niños San Justo y Pastor mostrar extremado júbilo cuando

Anticipación. Las otras religiones tienen sus mártires.—

Responde, coquejando,

a) tormentos con tormentos,

b) duración con duración,

c) rabia de los unos y paz de los otros,

d) robustez de aquellos y delicadeza de estos

(por hipótesis y distribución,

de viejos,

de niños,

de doncellas).

los azotaban y maltrataban! ¡Qué escena tan dolorosa y extraña cuando la noble virgen y niña de trece años Santa Eulalia, el sagrado cuerpo todo llagado, gritó al cruelísimo presidente que luego la rociasen con sal para sazónarla y hacerla más sabrosa al paladar de su divino Esposo!

Pero, sobre esto, ¿quién jamás, entre la ciega muchedumbre de los paganos ó herejes, salió al encuentro á los atormentadores y verdugos? ¿Quién deseó el martirio como el valeroso San Julián, que embarazado de la gota, y no pudiendo ir por sus pasos, hizo que le llevasen en hombros de robustos criados, á los cuales aguijaba el santo que se diesen prisa! ¿Quién desafió la muerte como la bendita virgen Santa Apolonia, que se arrojó á la hoguera? ¿Quién como el valeroso San Agapito, que se abalanzó al circo y provocaba los leones? ¿Quién como el bienaventurado San Antonio, que se atavió muy galanamente y se fué al lugar del martirio como á espléndido convite? Y si, arrebatados de ciego entusiasmo, algunos infieles ó descreídos se presentaron espontáneamente á los perseguidores, pronto desfallecieron y apagóse en ellos aquel encendimiento, y ninguno dejó de huir en abriéndosele alguna puerta ó respiradero de salud; porque, dado que la entrada fué obra del frenesi, mas la permanencia no era sin fuerza y pesadumbre. Pero ¿los gloriosos caballeros de Cristo? Rogábanles cada hora los tiranos que se compadeciesen de sí mismos y tuviesen miramiento á la hermosura y delicadeza de los cuerpos. Ya los acariciaban con halagos, ya los atraían con promesas; unas veces les ponían delante copia de oro y plata, otras placeres y regalos, otras honores y dignidades; pero con toda esta batería de lisonjas y blanduras, más temible y poderosa que los mismos tormentos, no los enflaquecían ni ablandaban, antes un ilustre obispo, el glorioso Cipriano, puesta ya la cuchilla sobre su cabeza venerable, declaró allí mismo por heredero de su hacienda al verdugo que le había de degollar.

(por distribución de bienes de este mundo).

¿) número con número,

Y, en conclusión, séase lo demás como quisieréis; poned, os ruego, en una balanza el número de aquellos ilusos, y en la otra los mártires de nuestra sacrosanta religión, y hallaréis que los primeros puédense contar con la mano, tan

escasa es su cuenta, y los que glorificaron á Dios y el nombre de nuestro Señor Jesucristo, con el derramamiento de su sangre y perdimiento de sus haciendas y vidas, son comparables á las estrellas del cielo y á las arenas del mar; pues, ya en su tiempo, el gravísimo historiador Genezbrardo contaba once millones de los más antiguos, famosos y mejor averiguados. ¡once millones!

VIII

Arg. 7.º ó Refutación segunda.

Ya se me entiende la dificultad que se podría ofrecer á vuestra perspicacia, es á saber: que tanta muchedumbre de mártires presupone muchos perseguidores, y que así no andarían tan fuera de camino quien sospechase si son más dignos de fe los que defendieron á Cristo como á santo, ó los que le persiguieron y procuraron acabar como á perverso. Pero ved por cuántos caminos y cuán livianamente se deshace como humo esta objeción. Cierto, muy cierto es que se han levantado contra él muchos perseguidores; mas nadie osará afirmar que sobrepuja su número al gloriosísimo ejército de los mártires. Un solo perseguidor era bastante para sacrificar infinitos mártires; pero ningún mártir hubo menester de muchos perseguidores.

— Mas fueron tantos los perseguidores...

Resp. a) Mas fueron los santos mártires,

Además, ¿quién no comprende que es de mayor peso y autoridad el testimonio de los que pusieron sus vidas por la confesión de Cristo, que el de los perseguidores de Cristo? Para arrojarse á perseguir á uno basta una preocupación arraigada, un encendimiento de la sangre, un movimiento de envidia, un ímpetu de cólera. Mas, para dejarse matar por amor á una persona, y dejarse matar con tormentos atrozísimos y horribles carnicerías, y morir allí con tanta paz y alegría de corazón, ¡qué estima tan grande! ¡qué aprecio tan entrañable se requiere! ¡qué fortaleza de hierro! ¡qué pecho de diamante! ¡qué lealtad tan acendrada! ¡Qué duda cabe, pues, que vale más el testimonio de un solo mártir que no el de cien perseguidores?

afectos de admiración,

Justad á esto la diversidad enorme entre perseguidores y perseguidos, entre atormentadores y atormentados. Los mártires, en gran parte, fueron hombres de gran pureza y san-

c) calidad de las víctimas y de los verdugos.

etopeya de los santos mártires tidad de vida, unos atropelladamente sacados de los claustros, otros arrancados de los yermos; éstos de las aulas y academias, aquéllos del mismo santuario; varones generalmente celebrados por su sabiduría é inmaculadas costumbres, por su modestia y gravedad, por su mortificación y afable trato; hombres, en fin, en quien los mismos enemigos no hallaban que tildar sino su fe, según testifica Plinio, escribiendo al emperador Trajano, cuyo favor, si quería granjear, mejor le fuera reprendiéndolos que alabándolos. Y los crueles perseguidores y verdugos ¿qué fueron, en su mayor parte, sino gente de baja ralea, ignorantes, valerosos contra el débil, criados en los burdeles, educados en el Circo y entresacados con frecuencia de la cuadrilla infame de los gladiadores? ¿Y os empeñáis en que muchos han perseguido á Jesucristo? ¿Quién? Un Nerón, monstruo de la naturaleza; un Domiciano, hecho pedazos por los suyos y arrojado de Roma como fiera cruelsísima; un Galieno, cuyo nombre ha pasado á la historia como símbolo de infamia y depravación; un Galerio, cuyo indómito carácter hizole tan aborrecible, no ya á sus enemigos, mas también á sus vasallos y familiares, y aun á sí mismo, que se dió la muerte con sus propias manos; un Trajano, sucio y tan lascivo, que no me consiente la vergüenza recordarlo; un Decio, un Diocleciano, un Majencio, un Licinio, un Maximino, hombres abominables, bastante cada uno de ellos para deshonorar al género humano. Éstos son los ilustres perseguidores del nombre de Jesucristo.

é ironía.

Conclusión apoyada

por una congruencia.

el sol y la lechuzas.

za.

IX

¿Y tantos y tan feroces perseguidores prevalecieron por fin contra la religión de Jesucristo? Cosa es averiguada que las demás religiones que han ido apareciendo, no bien encontraron adversarios aguerridos, desfallecieron, ó desmayadas ante el prestigio de la autoridad, ó derrocadas por la fuerza de la persecución. Nuestra fe, nuestra bendita religión, ¿dónde se estableció más gloriosamente que en tierra de enemigos y en el centro mismo de su pujanza? Si ha habido en la redondez del universo y en la carrera de los siglos una ciudad que desapoderadamente hiciese armas contra Cristo y guerrease con frenesí por borrar su nombre de la tierra, fué sin duda la ciudad de Roma. Roma, pues, la dominadora del mundo, regó y empapó con sangre nuestra la arena de sus circos, y embriagó con ella las fieras del desierto con pública algazara. Roma, no satisfecha su rabia contra Cristo, é impaciente de acabar con nosotros, envió por las cuatro partes de su espacioso imperio, hasta los senos del África y del Asia, á bárbaros procónsules y feroces magistrados, que nos arrancasen de nuestros templos ó catácumbas, y nos condenasen en sus audiencias y tribunales, y nos cortasen la cabeza si perseveráramos constantes en la confesión de Jesucristo. Mas ¿en qué terminó tan deshecha tempestad? En dejar Roma su silla é imperial asiento á los mismos que antes fieramente perseguía. Cedieron sus palacios, entregónos sus templos, legó en nuestras manos el señorío de las gentes, y es ya nuestra más ferviente defensora y enamorada madre la que fuera más que todos cruelsísima perseguidora. ¿Y en qué seso cabe asegurar que un hombre malvado y el peor de los hombres era capaz de tan ilustre victoria?

¿Y la acabó, por ventura, por fuerza de armas? ¿ó con avenidas de formidables ejércitos? ¿ó con terrores y espantos? Pues escogió para cumplimiento de tamaña empresa no más lucido escuadrón ni más lanzas que las lenguas de doce hombres, casi todos ellos pescadores, sin letras, sin filosofía, sin elocuencia, mendigos, descalzos, y lo más fla-

Arg. 5.º
VICTORIA DE LA
CRUZ, considera-
daa) en la grandezas
del triunfo, con-
quistando la ciu-
dad más enemi-
ga,

por antitesis.

furor de la Roma
paganapor conduplica-
ción,

descripción é

incremento.

Fervor de la Ro-
ma cristiana,por alegoría y an-
titesis.
Conclusión.b) Victoria de la
cruz en los re-
dios de conquista.por contraponi-
ción de la debili-
dad de los instru-
mentos

(gradación) co y desvalido del mundo, y, lo que peor es, del linaje de los judíos, gente tenida por baja y despreciable. Con éstos destronó á Roma de su silla y asentóse en ella; con éstos desbarató las huestes enemigas; con éstos domó la fiera de los bárbaros; con éstos humilló la sabiduría é hinchazón de los filósofos. El Senado romano puso en el número de sus dioses al gran Alejandro, ¿por qué razón? Porque creyó que no podía ser simple mortal quien en doce años había sojuzgado tantos reinos y provincias. Y Alejandro, con todo, las señoreó mientras vivía, y cuando contaba con gruesas sumas y temerosos armamentos; al paso que Jesucristo rindió y avasalló el mundo, enclavado y muerto en un madero, y lo avasalló sin gastos ni tesoros, sin estruendo militar. *Non ferro, sed ligno*, no con la espada, sino con la bandera de la cruz ¹.

Arg. 9.^o
Por los MILAGROS.

X

Sé que esta señalada victoria se llevó á término mediante aquellas obras estupendas y sobrehumanas que llamamos milagros. Pero, decidme, ¿pudo ser el más ruin y desalmado del mundo aquel ser extraordinario, cuyo nombre acatan los elementos y á quien la naturaleza toda rinde vasallaje? ¿Quién te movió ¡oh sol! ¡oh hermosísimo luminar del día! á vestirse de luto por la muerte de un crucificado, cuando, á ser un dios engañador y contrahecho, debieras resplandecer de gozo, y no encubrirte de tinieblas con horror? ¿Quién te movió ¡oh tierra! á estremecerte, y á vosotros ¡oh peñascos! á resquebrajaros de puro quebranto el día que debía ser de universal regocijo? ¿Por qué os abristeis, sepulcros de Jerusalén? Y tú, naturaleza toda, ¿por qué hiciste tal demostración y sentimiento? Con que así manifestasteis vuestra gratitud al soberano Hacedor de cielo y tierra, doliéndoo y entristeciéndoo, cuando moría su mayor enemigo é ípísimo rival, peor que el mismo Satanás, pues no se satisfacía su ambición con rei-

Demuéstrase á por los prodigios en la muerte de Jesús.

prosopopeya y

obtestación.

¹ Aug. in Ps. 54.

nar juntamente con Dios, mas quiso sobreponérsele y recibir él solo el acatamiento de todas las criaturas?

Y si alguno hay tan bestial que dijere que ya recibí en la cruz la pena merecida á tanto atrevimiento, que me res-pon-da y diga ¿por qué, á la sencilla invocación de ese nombre, los mudos hablan, los sordos oyen, los cojos andan, los ciegos ven, y aun los muertos resucitan? ¿Cómo, os diré con la asombrada muchedumbre, cómo puede un hombre pecador obrar tantas y tales maravillas? *¿Quomodo potest homo peccator haec signa facere?* ¹ Conjurad á los demonios en nombre de quien queráis. Conjuradlos, si os place, en nombre de Mahoma, en nombre de Ali, en nombre de Brama, en nombre de Amida; conjuradlos en nombre del Mesías por venir de los judíos, y se reirán y harán burla de vuestros conjuros. Conjuradlos en virtud y nombre de **Jesús**, y veréis cómo tiemblan, cómo rabian, cómo se embrazecen. **Jesús, Jesús**, he aquí el único nombre que los ha confundido, y deshecho sus trazas y quebrantado las fuerzas con que tiranizaban á la descendencia de Adán. ¡Loor á tan bendito nombre! Con razón se le compara al óleo derramado: *Oleum effusum nomen tuum* ²; porque ha sido para nosotros óleo suavisimo, que amortiguó nuestros dolores y curó repentinamente nuestras dolencias envejecidas; mas para los demonios ha sido aceite hirviendo y consumidor.

Recuerdo á este propósito que en la desastrosa guerra de Palestina, como vieses los moradores de Cirsa que el ejército romano iba á escalar sin remedio la ciudad, pues, tras pasado el foso y arrimadas las escalas, subían precipitadamente á la muralla, vertieron sobre los cuerpos de los osados sitiadores tinas de aceite hirviendo, el cual, como les calase las carnes y abrasase las entrañas, los trastornaba hacia el profundo foso con bramidos de desesperación y rabia. ¡Magnífica comparación! Ya los demonios habían sujetado á todo el mundo en miserable servidumbre, ya corrían el campo á banderas desplegadas, ya tenían derriba dos todos los atrincheramientos y ocupados todos los baluartes, cuando el Señor derramó sobre el maldito ejército

¹ por la virtud del nombre de Jesús.

² en las curaciones que obra.

³ en el horror de los demonios, amplificado.

⁴ ya por lo contrario de otros nombres.

⁵ ya por la semejanza del óleo derramado.

⁶ ejemplo. 2.^a parte.

⁷ los sitiadores y el aceite hirviendo.

⁸ 2.^a parte, los demonios y el nombre de Jesús.

¹ Joan., ix, 16.—² Cant., i, 2.

par alegoría é

el óleo de este nombre, *oleum effusum nomen tuum*, pero óleo que llameaba y consumía, el cual los traspasó de manera que todos, atropelladamente, se arrojaron á los profundos infiernos, de donde en mal hora salieron á tiranizar el mundo. *Dejecisti eos dum allearentur*: Derrocástelos cuando más se engreían¹. De ahí provino que, apenas se oyeron en la tierra los primeros ecos de este suavísimo y gloriosísimo nombre, el oráculo de Delfos, el oráculo de Delos, el de Dodona, el de Éfeso, el de Lesbos, el de Dafne, todos enmudecieron, y los demonios todos quedaron sin brío, sin aliento, sin voz, y perdida el habla para siempre, con maravilla tan universal, que osó decir aquel renegado de Porfirio: *Ex quo Jesus colitur, nihil utilitatis a diis consequi possumus*; desde que **Jesús** es adorado, nada podemos recabar de los dioses inmortales.

mudez de los oráculos.

Propos. menor.
Es así que tales efectos no pueden atribuirse al nombre de un malvado:

Luego.

Consecuencias mediatas relativas á la firmeza de nuestra fe.

¹ Ps. LXXII, 18.

SEGUNDA PARTE

XI

CONSECUENCIAS PRÁCTICAS.

Sin duda habréis esta mañana murmurado contra mí y dicho en vuestro corazón, ó que he hablado al aire y sin provecho, ó que tengo de tan ilustre auditorio concepto muy desfavorable. ¡Que así se haya predicado en esta noble ciudad, católica por excelencia y celadora ferviente del honor de Jesucristo, y que no guardara yo la valiente apología para cuando vientos contrarios me llevaran á las costas africanas ó á tierra de herejes y gentiles!—Retirad, oyentes míos, tan grave acusación, y traed á la memoria cómo al principio justificué mi nuevo estilo y os di razón de mi extraño comportamiento. Pero, de todos modos, ya que me forzáis á hablar, no os indignéis si os hablo con libertad apostólica. Por ventura he obrado desacertadamente, no lo niego; porque vuestra delicadeza me hace presumir que así como os adelantáis en la antigüedad de vuestra fe á otras provincias de la cristiandad, así también os aventajáis en la pureza y santidad de las costumbres. Pero tengo para mí que apenas hay asunto que con tanta frecuencia deba platicarse al pueblo cristiano, como es que se afirme en su fe y se convenza profundamente de su verdad inexpugnable.

Porque ¿cómo sería posible que, á tener por verdadera su creencia, vivieran como los que la tienen por patraña y fábula mentirosísima? Poco he dicho; peor, mucho peor y desastrosamente viven que ellos, pues reina entre los cristianos y se difunde cada día un vicio entre herejes y gentiles casi desconocido. Presentadme, si no, en cualquiera religión, por torpe y abominable que sea, un hombre que en su propia tierra, y en medio de los suyos, se recate y avergüence de profesarla. No se avergüenza el mahometano de ser y parecer mahometano, ni el judío de ser judío, ni el gentil de ser gentil; sólo el cristiano se corre de ser y portarse como cristiano. ¿Os maravilla lo que digo? Escuchadme.

Hay aquí un caballero vivamente lastimado por no sé qué

Transición por tropelías elegantes.

—Mejor cuadraría esta apología en otras partes.

Resp. a) ya me justificué en el principio.

b) Directamente, porque no creéis de verdad en J. C.

Prábase, r.º Porque vivis como los que no creen.

c) Si de verdad creyeráis, no os correráis de serlo ni de parecerlo.

Pero os corrís

ya de serlo, por inducción y ejemplo en materia de venganza;

idialogismo

razones que des-
oye el ofendido,

argumentos que
le mueven;

para mucho más
de parecerlo;

por nueva hipóte-
sis.

Luego no tenéis
la verdadera fe de
J. C.

3.º Si creyerais
de verdad, no es-
torbaríais que
otro la profesara
libremente;

por comparación
a pari de los ti-
ranos.

agravios, y quiere y tiene resuelto indemnizarse de la injuria y resarcir á toda costa la ofensa recibida. Junta su gente, tiéndele el lazo al enemigo, acecha la ocasión, en la ciudad ó en despoblado, y le acosa y no le deja vivir. Ahora, pues, imaginaos que os han encomendado enfrenar á ese hombre iracundo, y apartarle de su loco pensamiento. ¿Qué razones alegraríais? ¿Qué diríais? Acaso de esta manera: Acuérdese usted, caballero, que es cristiano; y así, repórtese usted, deje usted estas armas y ahogue en el pecho esta pasión, porque á los cristianos no nos es permitido tomar venganza?—Seguramente que os tendría por simple, y se reiría de vuestro consejo el ofendido, como inspirado más bien de celo que de prudencia verdadera. Mas si le acometieseis por otro lado, y le persuadierais que desistiese de su mal propósito, porque así cumple á su nobleza y caballerosidad; porque lo manda el rey, porque lo exige y suplica esa persona, cuya gracia y favores pretende, veríais cuán atento os escucharía, y cuán presto y sin avergonzarse desarmaría su furor. Pero demos que, movido con vuestro cristiano razonamiento, se rinde y hace las paces: ¿tendría pecho para declarar abiertamente y protestar en semejantes términos: Te perdono de todo corazón, porque la religión augusta que profeso me lo manda; te perdono porque soy cristiano? *Non erubescio Evangelium*: No me avergüenzo de confesar el Evangelio.—Esta brillante protestación tendríala el lastimado caballero por caso de afrenta; ¡y no creería este tal que mancillaba su honor perdonando, por respeto á una mujer ó al mandamiento de su rey! ¿Y vosotros tenéis por verdadera la religión de Jesucristo? No, no puedo concebirlo.

Porque, ¿cómo fuera posible que, no solamente no ejecutarais lo que ella manda (lo cual sería tal vez debilidad), pero que estimarais por baja y aun por infamia el cumplimiento de ella? Todavía más: ¿cómo fuera posible que, no contentos con descuidarla vosotros y menospreciarla, llegaseis á no dejar que los otros la profesen descubierta y libremente? ¿Diríais, por ventura, que los impíos procónsules, y tiranos y presidentes, y magistrados de la edad antepasada, tenían por verdadera la fe de Jesucristo cuando

estorbaban á los cristianos la franca profesión de su culto y los forzaban á encerrarse para ello en cementerios y catacumbas? No, responderéis. Pues decidme, ¿no obligáis asimismo á vuestros iguales é inferiores á ir en busca, si no de las catacumbas más escondidas, de las iglesias más apartadas; si no de los cementerios más retirados, de capillas desviadas, donde huir de vuestras burlas y donaires, y asistir con más devoción á los sagrados oficios, y fortalecer su espíritu con el manjar del cielo? ¿Qué de mofas y palabras picantes ha de aguantaros aquella joven modesta, porque viste sencillamente y anda con ejemplar mesura? ¿Qué gracias tan pesadas aquel mancebo, porque gusta de platicar con personas espirituales y santos religiosos? ¿Y qué es esto, sino perseguir la práctica de la religión cristiana, como hacían los tiranos? La diferencia que hallo es, que los antiguos perseguidores la combatían con el hierro; vosotros con las burlas, harto más penetrantes y sangrientas á veces que el mismo hierro; por manera que muchos, á quien no arredrarían del ejercicio cristiano las sactas de los bárbaros, ni y los de la lengua, el alfanje, ni la hoguera, ríndense á las risas y festivas bromas de sus alegres compañeros.

¿Hay más? Si, cristianos, si tal nombre merecís los que tan desarrebosamente ultrajáis los mandamientos y ley

de Jesucristo. Los delitos más atroces, las liviandades y abominaciones de la carne más escandalosas, que tan clara y rigurosamente prohíbe la ley que abrazáis como divina, esto es lo que alabáis, de esto os preciáis con público alarde de licencia, y esto celebráis asimismo en los demás, y encarecéis y galardonáis con vuestro aplauso y aprobación, con vuestros cantares y poesías, que resuenan con algazara en tertulias y academias, en teatros y salones. ¿Y ésta es la religión de Jesucristo? ¿Y tal comportamiento merece el nombre de fe? Conozco que este desenfreno y pública desvergüenza no tira derechamente á desarraigar la virtud de la fe; pero ese pecar tan descaradamente, ese aplaudir y ensalzar lo que más aborrece Dios, que es el pecado, tiene visos y resabios de infidelidad. Porque ¿qué quiere decir infiel, sino abrazar dictámenes opuestos á las enseñanzas de Jesucristo, y alabar lo que ellas vituperan, y vituperar lo

Mas vosotros con donaires embarraríais el libre ejercicio de ella.

por cortejo de los perseguidores del hierro

y los de la lengua.

4.º Hacéis alarde de quebrantar sus leyes;

por repetición é incremento.

Luego no creéis.

Confirmación a pari del infiel y del mal cristiano.

que ellas alaban y engrandecen? Ved ahora por qué dije al principio que es muy necesario confirmar y entrañar en el pueblo cristiano la creencia de la divinidad de Jesucristo, pues de esta suerte se acatarían más sus mandamientos, se respetaría más la majestad de su Evangelio, y no se tendría por infamia lo que el Señor tiene por honra, ni por honra lo que el Señor aborrece y detesta como infamia.

Conclusión final.

PERORACIÓN vehementemente al respecto práctico de la ley de J. C.

Solemne protesta

por enumeración y compleción eficaz.

Ea, pues, cristianos, por la gloria de tan ilustre nombre, por la fe que profesáis, por la reverencia que debéis á la doctrina de Jesucristo, haced esta mañana la siguiente protestación y firme propósito: que nunca se os escapará palabra, que pueda redundar en alabanza ó aprobación del vicio, ni en vituperio ó desaprobación de la virtud; que no huiréis las ocasiones de manifestaros abiertamente cristianos; que sufriréis con paciencia las injurias á ley de cristianos; que estaréis en los templos con aquella compostura y religiosidad que conviene á cristianos; que conservaréis como discípulos de Cristo aquella mutua caridad, paz y concordia que él nos dejó tan encomendada; que en adelante no chuparéis la sangre del pobre y del pupilo, porque es sangre de Cristo; y, cuando hayáis puesto en ejecución tales propósitos, quejaos entonces de que en medio de la cristianidad, y en el corazón mismo de la creencia católica, haya predicado como debiera predicarse en tierra de herejes ó gentiles.



OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO VIGÉSIMO

He aquí un dechado de oraciones **apologéticas**, pertenecientes al género demostrativo. ¡Cuán bien ha sabido evitar los **tres escollos** en que suelen dar lastimosamente los aficionados á este linaje de discursos, que llamamos **conferencias** ó **apologías**!

Porque unos hay que, en vez de quitar dudas, las siembran, sin querer, en los entendimientos vulgares, ya por encarecer demasiado las razones contrarias, ya porque no aciertan á deshacerlas, á causa de no comprender en toda su grandeza los argumentos de credibilidad con que los presentan, ó sólo á media luz, y no convencen, ó tan flojos, tan descoyuntados y desvaídos, como un esqueleto sin nervios ni junturas: éstos no merecen el nombre de oradores. *Tolle sapientiam, eloquentiae sequetur interitus* ¹.

Otros, empero, discurren doctamente sobre los dogmas de la religión; hay en ellos un tesoro de sabiduría, hay nervio en la argumentación, hay convicción profunda; mas la aridez de la forma, el estiramiento del raciocinio y la misma sublimidad de los pensamientos los hace impopulares, y más propios para la cátedra que para el púlpito. Oigan éstos, más bien filósofos y teólogos que predicadores, lo que dice Rodolfo: *Docere rem facilem esse, quam quisque, tantum non inertissimae mentis, praestare possit*: Que el enseñar es cosa fácil; cualquiera lo puede hacer, con tal que no sea completamente negado. *Concutere autem affectibus audientem, et in quemcumque velis animi habitum transformare; allicere item, audiendique voluptate tenere suspensum, non nisi summis et majori quodam musarum afflatu instinctis contingere ingenii* ²: Que solamente á los grandes ingenios es concedido mover tan hondamente los ánimos, que impri-

¹ Granada, Rhet. Lib. II, cap. 1.

² Rodol. Agricol. Lib. I. Topic.

man en ellos la forma que quieren, y los arrastren adonde quieren, como encantados con el deleite de la oración.

El tercer escollo es de los que enseñan con claridad y nervio, agradan con la copia y ornato del bien decir, prueban y convencen la verdad de nuestra santa religión, y arrebatan tras sí la admiración de los oyentes; pero no son prácticos, y así no son tampoco elocuentes, ni conquistarán jamás la joya del triunfo. No está la dificultad en creer, sino en obrar conforme á la creencia, por donde, en estos discursos, como en los otros, *docere necessitatis est, delectare suavitatis, flectere victoriae*: El enseñar es necesario, ciertamente; el deleitar hace que se reciba con gusto lo que se enseña; mas la victoria sólo aquel la alcanza, que lleva hasta la obra: *Frustra persuadetur verum esse quod dicitur; frustra placet modus ipse quo dicitur, si non ita dicitur ut agatur*¹.

Esto hace SÉNTERI, procurando que la verdad brille, que la verdad deleite, que la verdad venza é incline los corazones á la práctica: *Ut veritas pateat, ut veritas delectet, ut veritas flectat*. ¿Cómo y con qué artificio lo consigue? Veámoslo.

Ut veritas pateat. La verdad que quiere convencer es ésta: que **Jesucristo es Dios, y la religión católica la única verdadera**; creencia sublime, que ha transformado el mundo, piedra fundamental de nuestra fe, blanco de eterna contradicción por parte de los poderes infernales, tema de todos los libros, y asunto siempre viejo y siempre nuevo. ¿En qué estriba, pues, el mérito de SÉNTERI? En haber trazado una demostración **completa**, porque abarca todas las principales razones que hacen evidentemente creíble nuestra bendita religión; **clara**, porque las sabe acomodar á la capacidad del pueblo, con ser que son algunas de ellas más que medianamente sutiles y enmarañadas; **prudente**, porque, lejos de escandalizar al pueblo con dificultades que nunca imaginó, y que sólo servirían de enflaquecer su fe, la fortifica y arraiga con una evidencia que deslumbra; **enérgica** y victoriosa, por razón de la bien tramada tela de los argumentos, que se entretajan unos con otros, y todos concluyen manifiestamente lo que intenta el orador.

Este vigor y encadenamiento se lo da la **dialéctica**, hermana tan gemela de la **retórica**, que nunca pueden separarse una de otra sin ruina de la misma elocuencia. Lindamente dijo **Arias Montano** en su precioso poema *Rhetoricorum Libri IV*; en el libro primero:

*...formare viam, qua incidere possis.
Rhetorica est, non nempe pedes gressusve carenti.*

¹ San Agustín. Lib. IV. De doctrina christ., cap. 13.

Que la retórica enseña el camino de la persuasión, mas no ciertamente al que está cojo, que es decir, al que le falta ciencia y variados conocimientos. Y aun para andar ese camino y llegar al término, ha menester la ayuda de su hermana:

*Huic soyer est, ventre ex uno concepta gemella,
Præcipuo Logicea dixerunt nomine Graii,
Quæ rationis opes, vires, nervosque ministrat
Dicenti; viros adhibet germana colores;
Hæc vincit, victum illa sequi parereque suadet.*

¡Hermosa sentencia que siempre tuvo ante los ojos nuestro SÉNTERI:

Hæc vincit, victum illa sequi parereque suadet!

La **dialéctica** vence, pero la **retórica** persuade al vencido á que siga con gusto y obedezca al vencedor. Ambas, en efecto, se dirigen al mismo **fin**, que es convencer una cosa y persuadirla al que la ignora ó la niega; ambas se valen de los mismos **medios**, que son argumentos y razones, pero se diferencian muchísimo en las **cuestiones** de que tratan, en los **oyentes** á quien se dirigen, en la **forma** que emplean. Porque la dialéctica se ocupa en cuestiones especulativas, la retórica casi siempre en materias prácticas; la dialéctica habla á los sabios en las escuelas, la retórica en la iglesia ó en las cortes á la muchedumbre del pueblo, que más se deja llevar de afectos y de ejemplos que de razones filosóficas; la dialéctica emplea una forma concisa y breve, la retórica un estilo más copioso y dilatado, por lo cual Zenón comparaba la una á la mano cerrada ó puño, y la otra á la misma mano, abierta y extendida. Y aun fuera mejor comparar la una á los huesos y nervios del cuerpo humano, y la otra á la sangre y carne, al cutis y al color, que dan vida, proporción, hermosura y gallardía á todo el compuesto. Véanse al margen esos huesos y esos nervios, es decir, las razones secas y descarnadas, y cómo las viste, las encarna y hermosea el orador, combinando de mil modos las formas dialécticas. De esta variedad y hermosa combinación nace en gran parte el deleite de la verdad, por ardua y desabrada que sea.

Ut veritas delectet. ¿Y cómo deleita? No es dificultoso agradar cuando las verdades que se exponen, ó son llanas y que fácilmente se entienden, ó teóricas y que no combaten ninguna pasión ni exigen grandes sacrificios. Lo contrario de lo cual le acontece á SÉNTERI en nuestro caso. Porque el tema propuesto es muy levantado, y las consecuencias que deduce nada lisonjeras al amor propio. Y con todo deleita

extremadamente. ¿Por qué razón? Porque no hay cosa más deleitable que la verdad, que es luz al entendimiento, y la bondad, que es calor á la voluntad; y en este discurso brotan á raudales los torrentes de luz y se multiplican por doquier los focos de calor. Y así como en la naturaleza lo que alumbraba también calienta, así ha de procurar el que habla al pueblo hermanar los dos efectos, de suerte que enseñando nueva y moviendo no deje de enseñar, como quien tiene siempre á la vista el fin y blanco de su arte, que es la persuasión inmediatamente, y, mediante ella, la ejecución y la práctica.

¿Por qué, si no, desde el exordio hasta la conclusión, casi en cada párrafo, saltan centellas de variados afectos, ya de admiración y gozo, ya de temor y vergüenza? ¿Por qué exclama luego, casi al principio: «Pero gózate, pueblo cristiano, y regocíjate, pues á ti ha cabido la buena dicha y la ventura y la salud sobre todos los moradores de la tierra...»? Siempre la luz con el calor, la demostración con la moción.

Otra fuente de agrado son aquí las precauciones que llamamos **oratorias** y el artificio con que entabla el verdadero estado de la cuestión. ¿Cómo querer probar ante un pueblo tan creyente la verdad de su religión, sin que se dé por ofendido? ¿Cómo asentará la tesis por manera que avive la curiosidad y se preste á la disputa? Estúdiense el exordio y el argumento primero, que hace las veces de narración, y compárense luego con las conclusiones de la segunda parte, y se verá la maestría con que arguye á sus oyentes, confundiendo con sus mismas razones.

La tercera fuente de placer estético, más superficial pero muy fecunda, son los primores de lenguaje y estilo, tantos y tan adecuados, que no parecen sobrepuestos, sino como nacidos de las entrañas de la verdad que desenvuelve. Las flores brotan de los mismos árboles, los ríos de las peñas, y las galas del discurso han de resultar de la materia que se trata. Lo demás no es embellecer la verdad, sino afearla; no es éste oficio de buenos oradores, sino de malos adornistas. Con razón nuestro gran Arias Montano se enoja contra los tales, que gastan en florear el discurso y tornean las cláusulas el tiempo que habrían menester para estudiar:

*O gens sana, inquam, o vanissima Rhetoricorum,
Temporibus nostris omni nudata lepore!
Imbellis, nullis et praedita viribus, atro
Errore immersa, caeca et caligine rerum.*

Y exclama, llorando los años perdidos en estudios fútiles y en una retórica baladí:

*Tanta nihil ut vos moveat jactura dierum?
Hic usus patientis erit viridisque juveniae?
Heu! quis vos opibus fraudatis...*

Ut veritas flectat. Ni el convencer ni el agradar son el fin del razonamiento oratorio, aunque sea apologético, sino que toda la artillería debe enderezarse al corazón, á la voluntad racional, para que ella, como reina y señora, mande á los sentidos y potencias que ejecuten lo que persuade el orador. ¿Y qué persuade nuestro SÉÑERÍ? «Si es así, como lo es, concluyamos, dice (§ X) que Jesucristo es Dios, dado que, según queda demostrado, forzosamente ha de ser, ó la maldad suma ó la divinidad encarnada.» Hasta aquí no hay dificultad: todos los oyentes que hayan seguido el hilo del discurso han de confesarlo así, pues los demonios lo creen también y tiemblan.

Da un paso más el orador y continúa: «Y si real y verdaderamente Cristo es Dios, no hay para qué detenerme en demostrar aquí punto por punto la verdad y soberanía de los artículos que nos manda creer, de los sacramentos que nos ordena recibir, de los dogmas y enseñanzas que hemos de abrazar. Por ventura serán costosos á nuestros sentidos de carne; tal vez muy levantados y recónditos: nada importa. Estribemos firmes en nuestra fe, porque siguiéndola no podemos errar, si Dios antes no yerra y nos engaña.» Tampoco en esto halla el orador inconveniente ninguno: todos sus oyentes son cristianos, que se dejarán hacer pedazos antes que dudar, no digo negar, de cualquier artículo de nuestra fe sacrosanta. ¡Dichoso él! ¿Qué dijera hoy, si resucitando del sepulcro en que yace tornara á recorrer, á pie descalzo, las ciudades y aldeas que evangelizó, y las viera enseñoreadas de las sectas, y á la misma Roma trocada en asiento de la revolución y cabeza de la masonería?... Cuando la fe titubea en un pueblo, conviene, para fortalecerla, ejercitar sus actos desde la cátedra sagrada, y la victoria del orador está, no sólo en que se convengan de que es verdad cuanto creemos, sino en que de hecho crean firmemente, y en que huyan de todos los peligros de perderla ó menoscabarla. Mas si la fe está vigorosa y robusta, entonces viene el otro paso que da nuestro orador en la segunda parte.

¿Y con qué valentía acomete á su auditorio, como quien va seguro de la victoria! ¿Y de dónde tanta seguridad? Lo primero, de la hipótesis que asentó al principio, suponiendo á los oyentes tan finos en la creencia que profesan, que

¹ Rhetor. Lib. I Ad Gasparem Valesium Alcocerum. Ex officina Plantiniana. M. D. LXIX.

lleven á mal se pruebe delante de ellos la verdad de su religión. Lo **segundo**, del efecto que ha debido producir en todos la argumentación de la primera parte, que arraiga la fe, enamora de Jesucristo y confunde á los flacos y soberbios. Lo **tercero**, de la viveza y eficacia de las razones que trae para persuadirles que **no creen de verdad en Jesucristo**, ya porque viven como si no creyeran, ya porque se avergüenzan de ser y parecer cristianos, ya por la persecución y guerra que hacen contra la fe de Cristo, no con hierro, sino con burlas y donaires; ya, en suma, porque se jactan de quebrantar sus mandamientos y se glorían en sus desórdenes. Todo ¿para qué? Para persuadir la **fe práctica**, así como antes les persuadió la **fe teórica**, y poder concluir tan naturalmente: «Ea, pues, cristianos, por la gloria de tan ilustre nombre, por la fe que profesáis, por la reverencia que debéis á la doctrina de Jesucristo, haced esta mañana la siguiente protestación y firme propósito... Plegue á Dios que nuestros conferencistas imiten este ejemplo, y crean que las raíces de esta elocuencia varonil y fructuosa están en un corazón menospreciador de la honra mundana y solamente celador de la divina; pues es cierto que los esclavos de su propia honra, los deseosos de agradar á los hombres y temerosos de desagradarlos, no sirven para la elocuencia sagrada, porque ó adulteran la verdad, ó le quitan su fuerza y sabor, según que está escrito: «Dios quebrantará los huesos de los que tratan de dar gusto á los hombres»¹.

¹ Psal. LII. Vide La Palma. Camino espiritual. Lib. II, cap. 23.



DISCURSO VEINTIUNO

DE LAS INSPIRACIONES

Jesus ergo, fatigatus ex itinere, sedebat sicut supra fontem. Erat hora quasi sexta. Venit mulier de Samaria haurire aquam.

Jesús, pues, fatigado del camino, estaba así sentado sobre la fuente. Sería como la hora de sexta, cuando vino una mujer Samaritana á sacar agua...

(JOAN., IV, 6-7.)

EXORDIO

Por insinuación y moción de afectos.

DOS afectos encontrados ha producido en mi corazón la historia, de todos tan sabida, que el sagrado Evangelio nos refiere acerca de la mujer Samaritana: el primero de animosa confianza, y el otro de temor y sobresalto. Porque, al considerar atentamente cuán poco trabajo costó salvarse á mujer tan ruin y pecadora, me sobreviene un pensamiento de osadía que me dice: Si es así, poco basta para salvarse. Pero ¡ay desventurado de mí!, que de repente me asalta otro muy contrario, que con voz espantada me responde: Si es así, poco basta para condenarse.

de confianza,

de profundo temor, por corrección vehemente.

No cabe duda, hermanos míos, que la santidad de esta desgarrada pecadora no tuvo más origen que encontrarse cierto día junto al pozo de Jacob con el Salvador del mundo, el cual, sediento y fatigado del camino, la hizo algunas preguntas, y ella, refrenando su inquietud y apresuramiento, púsose á trabar con el Redentor pláticas de cielo y salvación eterna. Imaginaos, pues, que visto el Señor y negándose á dar oídos al divino Maestro, le hubiera dicho

Narración evangélica de la Samaritana.

1.ª parte, real.

2.ª parte, ficción oral.